

Editorial

¿INCONSCIENTE O MUNDO INTERNO?



Il y a là cinquante pages amusantes mêlées dans deux cents pages de sermons, et les sermons gâtent le rire. Ce livre m'a confirmé dans le dessein d'être simple, naturel et vrai dans le monde¹.

Stendhal (1773-1842).

DE LOS CAMBIOS tan rápidos y a veces desorientados de la ciencia política, es posible que el paso más importante que se haya dado en ella en el siglo veintiuno sea la incorporación del gobierno del individuo como objeto de estudio.

Aunque la ciencia política estudia cómo gobernarnos, creo que el análisis de este tema ha ido casi siempre a rastras del terror y la fascinación que nos producen nuestros desgobiernos. Por eso, cuando ocurren catástrofes como la guerra civil española o el holocausto gestado por el nacionalismo alemán, la ciencia de lo público sufre convulsiones e intenta cambiar sus metodologías para entender mejor lo inesperado e incomprensible. La sensación que se nos queda es que sabemos muy poco y que la politología es una ciencia fracasada.

¹ [Hay ahí cincuenta páginas divertidas mezcladas con doscientas de sermones, y los sermones estropean la risa. Este libro me ha confirmado en el propósito de ser simple, natural y veraz en el mundo]. El autor de refiere a la obra *Souvenirs* de Mme. de Genlis. STENDHAL, *Journal*, Gallimard, Paris, 2010, p. 85.

Pero el paso más trascendental se ha dado en los últimos años al reconocer esa *inteligencia silenciosa* que poseemos y de la que no tenemos control ejecutivo completo, es decir, control dictatorial. Se trata de una capacidad que se desarrolla en nosotros a lo largo de la vida a la manera que lo hacen otras aptitudes básicas como el respirar, el buen juicio, el ánimo de cantar o el sentimiento amoroso.

El interés por el mundo interno tiene cierta antigüedad en la ciencia empírica. Ya Harold Lasswell (1902-1978), figura importante en la evolución de nuestra ciencia, se sometió él personalmente a psicoanálisis buscando conocer más y mejor el inconsciente humano. Es evidente que pensó que no se podría ser un científico serio de la actividad pública, sin indagar en qué medida esa acción respondía a otras partes de nuestra personalidad; componentes que se hallaban más allá de nuestra conciencia pero con capacidad de influirnos. Por ejemplo, por usar viejas palabras de Hécuba, destituida reina de Troya, “el miedo de quien teme sin el control de la razón”². Después han sido muchos otros los que han intentado contar con ese ámbito de nuestra vida en donde se enraízan nuestras decisiones más importantes.

La conducta brutal del ser humano frente a las demás especies y la obstinada capacidad de destrucción contra sus congéneres, a veces incluidos aquí sus compatriotas, han dejado perplejas a muchas generaciones de nuestra cultura occidental. Temas como la identidad, las banderas, el racismo, el menosprecio de otros a los que se llega a expulsar, minusvalorar e incluso a matar, han desencadenado una y otra vez el pensamiento de los grandes maestros. Podría bastar la figura de Ulises, un ejemplo a los ojos de las niñas y los niños occidentales, para entender el alcance maligno de todas estas estrategias. Como le cuenta el heraldo Taltibio a Andrómaca, viuda de Héctor, tras el asalto y ruina de Troya, los mandos del ejército griego vencedor “piensan dar muerte a su hijo”³, el pequeño Astianacte, que en ese momento es poco más que un bebé. Y lo han decidido porque “la opinión de Ulises se impuso en el ejército con el argumento de que no hay que dejar crecer al hijo de un padre tan excelente... y debe ser arrojado desde los muros de Troya”⁴. Además la madre ha de entregar el niño a sus asesinos sin buscar enfrentamientos, ni encolerizarse. No has de hacer ni decir nada, nada de nada, le dice el heraldo, “que pueda atraerte nuestro odio...y encolerice a nuestra

² EURÍPIDES, “Las troyanas”, en *Cuatro tragedias y un drama satírico*, ed. de Antonio Melero Bellido, Akal, Madrid, 1990, p. 152, l. 1166.

³ *Ibid.*, p. 137, l. 719.

⁴ *Ibid.*, p. 137, ls. 719, 721, 723 y 725.

tropa”⁵. Si no obedece, el niño igualmente le será arrancado de sus brazos y “no recibirá sepultura ni encontrará compasión”⁶.

Al escuchar a Andrómaca, antes de someterse a los asesinos de su niño, comprendemos el alcance de la estrategia prudente liderada por Ulises:

Lloras, mi niño ¿Percibes tu desgracia? ¿Por qué, si no, aferras a mí tus manos y agarras mis vestidos, cobijado, cual polluelo, bajo mis alas?⁷.

Sorprende que la utilización de la prudencia política, del cálculo patriótico, pueda llevar a pechos fuertes y eminentes, hinchados por vientos omnipotentes, a arrastrar a mucha gente a cometer este tenebroso asesinato. Como exclamará muy sabia la abuela del niño, Hécuba, que por cierto va a ser entregada como esclava a Ulises: “¿Qué teníais que temer de este niño para cometer un asesinato tan inaudito?...¿Tenéis miedo de un niño tan pequeño? Desapruebo el miedo de quien teme sin el control de la razón”⁸.

En la estela griega de la cultura, que aún nos educa a los occidentales, hoy se podrían seguir las mismas o muy parecidas estrategias para perpetrar desmanes muy amargos. Ulises en parte representa esa *sophrosyne* (σωφροσύνη) o templanza sabia que le va a labrar el prestigio de hombre político excepcional.

En toda esta tradición, quizá la semilla más cuestionable sea la piedad que, con uno u otro camuflaje, se entrega a esa diosa Atenea de la que se espera tanto. En cierto modo vivimos hoy en ciudades con ateneos sofocadas una y otra vez por la furia religiosa de sus ideólogos, sus capitanes y sus eclesiásticos a los que se les sigue a gritos.

No deja de ser coherente que desde niños se nos enseñe a distraernos con muñequitos y muñequitas inertes, a los que zarandeamos sin que den un quejido, para más tarde animarnos a jugar al *Palé* o *Monopoly*, un juguete muy extendido en el que gana quien consigue el monopolio y expulsa, una vez arruinados, de la mesa a todos sus compañeros de juego.

A la vista de todo esto, creo que el cambio que estamos viviendo en la teoría política es muy nuevo, ya que por primera vez no se ponen las esperanzas de buen gobierno en esa inoperante razón pública desde la que Hécuba, reina destronada y viuda de Príamo, desaprobaba la matanza.

⁵ Ibid., p. 137, ls. 732 y 735.

⁶ Ibid., p. 137, ls. 735 y 736.

⁷ Ibid., p. 138, ls. 750-752.

⁸ Ibid., p.152, ls. 1159-1160, 1165-1166.

EL AVANCE DE SIGMUND FREUD

La escasa formación filosófica de Sigmund Freud (1856-1939) nunca le alentó a buscar explicaciones a la política. No se hubiera atrevido nunca. Pero su formación médica le permitió llegar a ello dando un rodeo. Como médico, Freud se centró mucho en aliviar el dolor humano. Se fijó en situaciones de mucho sufrimiento para las personas en las que la medicina no sabía bien qué hacer ni qué remedio prescribir. Freud entró así a estudiar esos desquiciamientos humanos que conducen a los individuos a situaciones de dolencia corporal. Es probable que se estuviera moviendo en línea con la visión de su maestro cordobés Moisés Maimónides (1135-1204). Como el rabino sefardí, también Freud consideraba que el cuerpo era más importante que el alma, y en esa línea empezó siendo muy consciente de aquellos sufrimientos corporales, verdaderas torturas en algunos casos, que parecían provenir de desgobiernos muy severos en la vida de la persona. Al entrar en el terreno del gobierno y del desgobierno, Freud se estaba convirtiendo *willy-nilly* en uno de los más grandes teóricos políticos de occidente.

Su gran hallazgo va a ser demostrar que el yo del individuo no tiene el control de su identidad. De forma coloquial, Freud llega a decir que el yo del individuo no gobierna su propia casa. El genial maestro descubrió que el poder ejecutivo de cada persona, es decir la memoria y la voluntad, era influido por fuerzas en buena parte desconocidas hasta entonces. Freud comenzó por negar rotundamente la soberanía de la voluntad en los neuróticos, incapaces de responder de sí mismos, para poco tiempo después añadir que aquella afirmación era extensible a cualquier ser humano.

Ello equivalía a presentar al individuo como alguien que no debe, ni puede, gobernar su vida personal como un tirano. Freud venía a cuestionar de manera radical la dictadura del individuo en su vida privada, reivindicando los componentes públicos del mundo interno y planteando tácitamente la necesidad de volver a estudiar desde su raíz el gobierno de las personas.

LA PIEDAD MODERNA

En la historia de nuestra cultura encontramos muchos intentos por explicar lo que ese mundo interno significa y por intentar dar medidas prácticas para influirlo. Echando un ojo a la literatura o a las artes plásticas, se repara enseguida cómo muchos autores han contado con esa realidad de una forma u otra. Los científicos modernos también han dado señales de que registraban su existencia, pero lo hacían con un gran cuidado para no dejar de hacer pie en su entrada en el lago de la conducta.

La piedad religiosa ha trabajado mucho en este sentido. El griego y el latín han sido vehículos para grandes obras que tratan precisamente sobre estos contenidos. Los hados griegos y su teogonía, las constelaciones de dioses romanos y la religión cristiana son un testimonio de este esfuerzo. Las iglesias europeas y su proyección universal han intentado hacer aquí su trabajo.

La psique o alma ha estado siempre muy en el centro de todas estas preocupaciones. Y no hay que forzar las cosas para ver que de ellas arranca la ciencia de la psiquiatría y de la psicología. Sin olvidar que la pedagogía nunca ha dejado de ocupar un lugar central en todo este proceso.

La propia historia de las ideas, con sus cánones implícitos en donde se incluye lo que se debe o no debe enseñar; viene a ser una actividad muy religiosa. Siempre me han llamado la atención los énfasis desaforados y repetitivos, así como las grandes ausencias, en el estudio de la teoría política en la universidad. Resulta sintomático que se enseñe a los alumnos a recitar el santoral de las supuestas obras maestras, sin antes acompañarles a que las lean *enteras* con la atención y el cuidado adecuados.

La enseñanza lleva siglos insistiendo en la predicación enfática. Nuestros estudiantes veneran la *Iliada* y sin embargo pocos sabrían decir de qué color es el pelo de Menelao. Igualmente muchos proclaman las virtudes de la *Odisea* pero ¿sabrían decir a qué único personaje de la obra se dirige Homero en segunda persona? ¿Qué podemos decir de la *Eneida* o de la historia completa de las ensalzadas escuelas griegas? Una y otra vez se exige a los estudiantes que memoricen el canon y lo reverencien, pero casi nadie encuentra el tiempo y las condiciones para adentrarles en su lectura. Entrar con ellos y salir con ellos para que no se queden dentro atrapados de mala manera. Ahí están los maestros vagos y soberbios a los que hacía mención Maimónides⁹, personajes que con la edad ganan —ganamos— en seguridad y vanidad, pero no en estudio callado y cuidadoso. Los profesores buscamos estar en pantalla y que nos escuchen, pero pocas veces somos conscientes de lo que nos falta por saber. Y de lo que sabemos mal.

Los estudiantes y los investigadores son convocados a la piedad, seguramente después de haberles contagiado de un cierto furor religioso. Un furor sectario que es delirante en Esquilo, nos abrumba en las tragedias de Sófocles o Eurípides y nos sobresalta en Virgilio. Un sectarismo idolátrico que todavía percibimos hoy en día, en pleno siglo veintiuno, a nuestro alrededor.

⁹ Sobre este punto, ver Javier ROIZ, *Sociedad vigilante y mundo judío en la concepción del Estado*, Editorial Complutense, Madrid, 2008, pp. 63-66.

No es de extrañar que la visión del sueño, de la muerte o del llamado arte de la política puedan así pasar por los siglos sin ser transformadas. Al tratarse de sustancias públicas no reconocidas como tales, llenas de gobernanza inconsciente, pueden seguir su curso disfrazadas sin que nadie las cuestione. Incluso puede que nos lleven, todo lo más, a que en un momento de susto y depresión alguien nos quiera convencer de que *la naturaleza humana es así* y de que no hay quien la cambie. Los didactas, en vez de entristecerse por su incapacidad y su pereza, seguirán contemplando cómo los auditorios asienten socarronamente con las cabezas cuando el “*varium et mutabile semper Femina*”¹⁰ de Virgilio del siglo uno antes de la era común, se nos presente como “*la dona è mobile qual piuma al vento*”¹¹ en el Verdi de 1851.

LO NO CONSCIENTE

Entre los desplazamientos favorables un gran paso fue tomar en cuenta, ya en pleno siglo veinte, todo aquello de la vida humana que queda fuera del control directo de la voluntad. Significaba admitir que una porción de nuestras vidas transcurre fuera de nuestra conciencia y bajo el mando de otros ingredientes de nuestra identidad. Si una persona se pone a temblar de miedo por una circunstancia banal como es entrar en un ascensor cerrado o se desmaya al ver correr la sangre de una herida, es evidente que algo está gobernando su existencia sin que sepa qué es. ¿Y qué decir de nuestras amnesias o amnistías?

Esta aceptación cuestionaba muy seriamente la racionalidad del gobierno de nuestras vidas. Con la llegada del materialismo, los recursos religiosos o mágicos para dar cuenta de ello se caían solos. Muchos científicos inmediatamente se plantearon estudiar con rigor, aplicando la metodología de la ciencia, ese ámbito humano fuera de control. La ciencia de la política no podía volver la espalda a esta irrupción capital.

Pero en las cuestiones del mundo interno los avances no son tan sencillos. Porque la ciencia trata de conquistar territorios que están gobernados y muy organizados, aunque no lo parezca. Y en cuanto pretendamos descubrirlos como si fueran un nuevo continente, nos vamos a topár con la sorpresa de que sus resistencias son muy poderosas.

¹⁰ [Es variedad y mudanza la mujer]. VIRGILIO, *Eneida*, trad. de Rubén Bonifaz Nuño, UNAM, México D. F., segunda edición, 2006, p. 86, ls. 569-570.

¹¹ [La mujer es voluble como pluma al viento]. Giuseppe VERDI, *Rigoletto*, 1851, Acto 3º.

En la enseñanza de la teoría política esto se hace evidente cada día. Los jóvenes investigadores, y los no tan jóvenes, se enfrentan a estos fenómenos de gobierno y desgobierno llenos de intereses narcisistas, de violencias psíquicas y de miedos que les perturban constantemente la mente. Muchos de ellos habrán incluso elegido la profesión llevados por intereses neuróticos que se quedan ocultos. Otros avanzan entusiastas hasta cierto punto y allí se paran bloqueados por fuerzas internas insalvables. Tensiones que están gobernadas por otros comandos.

El resultado es que estos estudiosos de los desgobiernos difícilmente avanzarán más allá de un punto que les alerta de que no deben proseguir. Un síntoma de que esto ocurre es que los cambios que recomiendan a otros, a sus alumnos o lectores, no se los aplican a ellos mismos. Todo lo más, los propugnan verbalmente en charlas y clases que son declaraciones y sermones, o por escrito en textos cercanos al catecismo o a los textos exhortativos. Eso sí, en sus hondas motivaciones y en el gobierno cotidiano de sus vidas, ellos y ellas apenas cambiarán.

Lo que Federico García Lorca veía en el lamentable teatro de su época, “el teatro agoniza”¹², tan estéril y retardado que se había convertido en un laberinto: “Es horrible perderse en un teatro y no encontrar la salida”¹³, se parece quizá a lo que padecemos ahora en la teoría política contemporánea.

Vivimos un momento de evolución política en el que se requiere un giro en la manera de comprender nuestros gobiernos, individuales y colectivos. Ya no nos valen las teorías de los enmascarados en las que los enseñantes, provistos de caretas que se mudan según estén en el aula, en el partido o en su casa, dicen unas cosas y hacen otras. Agustín de Hipona (354-430) sí aceptaba esas prácticas¹⁴, pero hoy no nos satisfacen.

Ese tipo de pensamiento nos deja hambrientos y cargados de ansiedad. Los cambios verbales son muy peligrosos porque nos emborran con palabras y posturas atractivas y prometedoras, con sermones prodigiosos, sin que logremos comprender bien qué es lo que nos hace sufrir ni podamos salir del laberinto en el que nos encontramos.

Sería triste pensar que buena parte de esa teoría política en que se incurre actualmente se va a mantener. De ser así, el público que todavía atiende a los

¹² Federico García LORCA, “El público”, en *El público. El sueño de una vida*, ed. Antonio Monegal, Alianza, Madrid, 2009, cuadro 5º, p. 112.

¹³ *Ibid.*, cuadro 5º, p. 114.

¹⁴ Agustín de HIPONA, “Sobre la doctrina cristiana”, lib. IV, cap. XXIX, en *Obras de San Agustín*, vol. XV, edición bilingüe, Biblioteca de autores cristianos, Madrid, 1969, pp. 282-284.

didactas acabará viendo a estos opinantes como alguien a quien se lo comieron las máscaras. O si no, como un personaje que nunca mira hacia dentro de sí y se limita a debelar a los malos que están fuera y a predicar contra el mal del exterior. Es decir, volver a la escolástica:

No vale silbar desde las ventanas...yo conocí a un hombre que barría el tejado y limpiaba claraboyas y barandas, solamente por galantería con el cielo¹⁵.

JAVIER ROIZ

¹⁵ LORCA, "El público", Cuadro 6º, p. 126.